

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

LA FE DE LOS
CAÍDOS



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

6

LA FE DE LOS
CAÍDOS

minotauro

La Espada de la Verdad nº 06/17 La fe de los caídos

Faith of the Fallen (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 2000 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1655-8

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



No recordaba haber muerto.

Con una oscura sensación de recelo, se preguntó si las lejanas voces enojadas que flotaban hasta llegar a ella significaban que estaba a punto de padecer aquel trascendental desenlace: la muerte.

No había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto si así era.

Si bien no recordaba haber muerto, rememoraba vagamente solemnes murmullos que decían que la muerte la había hecho suya, pero que él había presionado su boca sobre la de ella y llenado sus pulmones inactivos con su aliento, su vida, y que al hacerlo había reavivado la suya. No tenía ni idea de quién era la persona que hablaba de una hazaña tan inconcebible.

Aquella primera noche, al percibir las distantes voces incorpóreas como poco más que una noción vaga, había caído en la cuenta de que había gente a su alrededor que no creía —a pesar de que volvía a estar viva— que fuera a permanecer con vida durante lo que quedaba de la noche. Pero ahora sabía que lo había hecho; había permanecido con vida muchas más noches, quizá como respuesta a plegarias desesperadas y juramentos fervientes murmurados sobre ella aquella primera noche.

Pero si bien no recordaba haber muerto, recordaba el dolor antes de sumirse en aquella prolongada inconsciencia. El dolor, nunca lo olvidaba. Recordaba de haber peleado sola y salvajemente contra todos aquellos hombres, hombres que mostraban los dientes igual que una jauría de perros salvajes con una liebre. Recordaba la lluvia de golpes brutales que la hizo caer al suelo, las pesadas botas estrellándose contra su cuerpo una vez allí, y el chasquido seco de los huesos al partirse. Recordaba la sangre, tantísima sangre, en los puños de sus atacantes, en sus botas.

Recordaba el insostenible terror de carecer de aliento para jadear ante aquella agonía, para gritar contra el peso aplastante del dolor.

Algún tiempo después —si fueron horas o días, no lo sabía—, cuando yacía bajo sábanas limpias en una cama desconocida y había alzado la mirada para contemplar sus ojos grises, supo que, para algunos, el mundo reservaba un dolor peor que el que ella había padecido.

No sabía cómo se llamaba aquel hombre, y la profunda angustia tan patente en sus ojos le indicó, sin el menor asomo de duda, que debería saberlo. Más que su propio nombre, más que la vida misma, supo que debería haber sabido cómo se llamaba, pero no era así. Nunca nada la había avergonzado tanto.

A partir de entonces, siempre que tenía los ojos cerrados, veía los de él. Veía no solo el sufrimiento que había en ellos sino la luz de una esperanza tan intensa como la que solo podía despertar el amor más puro. En algún lugar, incluso en los peores momentos de la oscuridad que envolvía su mente, se negó a permitir que la luz de los ojos del hombre se extinguiera debido a su incapacidad de obligarse a sí misma a vivir.

En un momento dado, recordó su nombre. La mayor parte del tiempo lo recordaba. Algunas veces, no lo conseguía. A veces, cuando el dolor la ahogaba, olvidaba incluso su propio nombre.

Ahora, mientras oía a hombres que mascullaban aquel nombre, Kahlan lo reconoció, supo quién era él. Se aferró a aquel nombre —Richard— y a su recuerdo de él, de quién era, de todo lo que él significaba para ella.

Incluso, más tarde, cuando la gente temía que muriera de todos modos, ella supo que viviría. Tenía que hacerlo, por Richard, su esposo. Por la criatura que llevaba en su vientre. El hijo de Richard. El hijo de ambos.

Los sonidos de hombres enojados llamando a Richard por su nombre consiguieron por fin que Kahlan abriera los ojos. Los entrecerró ante el dolor insostenible que había quedado atenuado, aunque no desterrado, mientras se hallaba en la envoltura protectora del sueño. La saludó un arrebol de luz ambarina que llenaba la pequeña habitación que la cobijaba. Puesto que la luz no era fuerte, razonó que alguna cosa debía de cubrir una ventana y reducía la intensidad de la luz, o que tal vez anochecía. Cada vez que despertaba, como en aquel momento, no solo no sabía qué hora del día era, sino que tampoco sabía cuánto tiempo había estado dormida.

Movió la lengua en la pastosa sequedad de la boca. Su cuerpo parecía de plomo por el prolongado y persistente sopor. Sentía las mismas náuseas que aquella vez que, cuando era pequeña, había comido tres manzanas verdes caramelizadas antes de un viaje en barca, un día caluroso y

ventoso. Hacía un calor como aquel: un calor veraniego. Se esforzó por despertar completamente, pero su consciencia parecía ir a la deriva, cabeceando en un enorme mar impreciso. Se le revolvió el estómago, y de improviso tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a no vomitar. Sabía muy bien que en su actual estado, pocas cosas eran tan dolorosas como vomitar. Sus párpados volvieron a cerrarse desmayadamente, y se hundió hasta un lugar aún más oscuro.

Se dominó, obligó a sus pensamientos a regresar a la superficie e hizo que sus ojos se abrieran otra vez. Entonces recordó: le daban hierbas para mitigar el dolor y ayudarla a dormir. Richard sabía mucho sobre hierbas. Estas la ayudaban a sumirse en una especie de estupor. Pero el dolor, si bien no tan agudo, conseguía atraparla incluso allí.

Lentamente, con cuidado, para no retorcer lo que parecían dagas de doble filo ensartadas por todas partes, entre las costillas, respiró más profundamente. La fragancia de la balsamina y el pino inundó sus pulmones, y le asentó el estómago. No era el aroma de árboles en medio de otros olores del bosque, entre el de tierra húmeda, los hongos y los helechos, sino la fragancia de árboles recién talados y partidos. Se concentró en enfocar la mirada y vio, más allá del pie de la cama, una pared de madera pálida y recién descortezada, con savia rezumando aquí y allá, desde marcas de hachazos recientes. La madera daba la impresión de haber sido cortada y desbastada a toda prisa, sin embargo, su perfecto encaje delataba el conocimiento y la experiencia de la mano de quien lo había hecho.

La habitación era diminuta. En el Palacio de las Confesoras, donde había crecido, una habitación tan pequeña como aquella no habría servido ni como armario para la ropa blanca. Es más, habría sido de piedra, o de mármol. Le gustó la diminuta habitación de madera. Supuso que Richard la había construido para protegerla. Era casi como si tuviera sus brazos protectores a su alrededor. El mármol, con su distante dignidad, jamás la había confortado de aquel modo.

Más allá de los pies de la cama, descubrió una talla de un ave en pleno vuelo. La habían esculpido con unas cuantas cuchilladas firmes en un tronco de la pared, sobre una zona apenas un poco mayor que su mano. Richard le había dado algo que contemplar. De vez en cuando, mientras estaban sentados alrededor de una fogata, le había visto tallar como si tal cosa un rostro o un animal en un pedazo de madera. El pájaro, que volaba con las alas totalmente extendidas mientras velaba por ella, transmitía una sensación de libertad.

Al volver los ojos a la derecha, vio una manta de lana marrón que colgaba sobre el vano de la puerta. Del otro lado de la puerta llegaban, de modo fragmentario, voces enojadas, amenazantes.

—No es por decisión nuestra, Richard... Tenemos nuestras propias familias en las que pensar... esposas e hijos...

Deseando saber qué sucedía, Kahlan intentó incorporarse sobre el hombro izquierdo; pero, por alguna razón, el brazo no actuó de la forma que esperaba. Como un relámpago, el dolor ascendió disparado por el tuétano del hueso y estalló en el hombro.

Resollando por el dolor atroz provocado por la tentativa de moverse, volvió a su posición inicial antes de haber conseguido levantar el hombro un solo centímetro del lecho. El jadeo retorció las dagas que perforaban sus costados y tuvo que obligarse a respirar más despacio para controlar aquel dolor punzante. Cuando lo peor del indecible dolor del brazo y los puntos de las costillas disminuyó, dejó escapar un suave gemido.

Con una calma deliberada, paseó la mirada a lo largo del brazo izquierdo. Estaba entablillado. En cuanto lo vio, recordó, y se reprochó no haber pensado en ello antes de intentar apoyarse en él.

Comprendió que las hierbas le impedían pensar con claridad. Por miedo a efectuar otro movimiento, concentró sus esfuerzos en aclarar su mente.

Alzó con cautela la mano derecha y pasó los dedos por el sudor de su frente, sudor provocado por la agonía. La articulación del hombro derecho le dolió, pero lo pudo mover. Aquel pequeño triunfo la complació. Se tocó los ojos. Estaban hinchados. Entonces supo por qué le había resultado un paisaje desconocido de carne inflamada, y su imaginación le proporcionó una espantosa tonalidad negra y azul. Cuando sus dedos rozaron los cortes de la mejilla, ascuas ardientes parecieron abrasar sus nervios, como si estuvieran despellejados y al descubierto.

No necesitaba ningún espejo para saber que tenía un aspecto horrible. Además, era perfectamente consciente de lo terrible que debía de ser, cada vez que miraba a Richard a los ojos. Deseaba tener un buen aspecto para él, aunque solo fuera para disipar el sufrimiento que veía en sus ojos. Él, leyendo sus pensamientos, le decía: «Estoy bien. Deja de preocuparte por mí y dedica tus pensamientos a recuperarte».

Con agridulce nostalgia, Kahlan recordó haber yacido con Richard, sus miembros entrelazados en delicioso agotamiento, la piel de él ardiente en contacto con la de ella, su enorme mano masculina descansando sobre su vientre mientras recuperaban el aliento. Era un martirio desear abrazarlo otra vez y no poder hacerlo. Se recordó que era solo cuestión de un poco de tiempo y de que fuera cicatrizando todo. Estaban juntos y eso era lo que importaba. Su mera presencia era un constituyente.

Oyó a Richard más allá de la manta que cubría la puerta, hablando en una voz sumamente contenida, recalcando las palabras, como si cada una le costara una fortuna.

—Simplemente necesitamos algo de tiempo...

Las voces de los hombres eran acaloradas cuando todos empezaron a hablar a la vez.

—No es porque lo queramos... deberías saberlo, Richard, tú nos conoces... ¿Y si eso trae problemas aquí?... Hemos oído hablar sobre los combates. Tú mismo dijiste que procede de la Tierra Central. No podemos permitirlo... no lo haremos...

Kahlan escuchó, esperando oír el sonido de su espada al desenvainarse. Richard poseía una paciencia casi infinita, pero poca tolerancia. Cara, su guardaespaldas, la amiga de ambos, sin duda estaba presente. Cara no era paciente ni tolerante.

En lugar de desenvainar la espada, Richard dijo:

—No le pido a nadie que me dé nada. Quiero únicamente que me dejen en paz en un lugar tranquilo donde pueda cuidar de ella. Quiero estar cerca de Ciudad del Corzo por si ella necesitara algo. —Hizo una pausa—. Por favor..., solo hasta que mejore.

Kahlan quiso chillarle: «¡No! ¡No te atrevas a suplicarles, Richard! No tienen ningún derecho a hacer que les supliques. ¡No tienen derecho a hacerlo! Jamás comprenderían los sacrificios que has hecho».

Pero apenas pudo hacer poco más que musitar su nombre con pesar.

—No nos pongas a prueba... ¡Quemaremos la casa para echaros si debemos hacerlo! ¡No puedes luchar contra todos nosotros; tenemos la razón de nuestro lado!

Los hombres despotricaron y profirieron siniestros juramentos. Esperó oír el sonido de su espada desenvainándose, pero, en su lugar, Richard contestó a los hombres con palabras que Kahlan no consiguió distinguir. Se hizo un silencio atroz.

—No es que nos guste hacer esto, Richard —dijo alguien, con voz avergonzada—. No tenemos elección. Tenemos que pensar en nuestras propias familias y en todos los demás.

Otro hombre tomó la palabra con virtuosa indignación.

—Además, parece que te has vuelto muy arrogante de improviso, con tus ropas elegantes y tu espada, no como antes, cuando eras un guía de bosque.

—Es cierto —dijo otro—. Solo porque te marcharas y vieras un poco de mundo, eso no significa que puedas regresar aquí pensando que eres mejor que nosotros.

—He ido más allá de lo que todos vosotros habéis decidido que es el

lugar que me corresponde —dijo Richard—. ¿Es eso lo que queréis decir?

—Diste la espalda a tu comunidad, a tus raíces, tal como yo lo veo; piensas que nuestras mujeres no son lo bastante buenas para el gran Richard Cypher. No, tenías que casarte con una mujer de tierras lejanas. Luego venís aquí y decidís exhibiros ante nosotros.

—¿Cómo? ¿Haciendo qué? ¿Por casarme con la mujer que amo? ¿Es eso lo que consideráis presumir? ¿Invalida eso mi derecho a vivir en paz? ¿Y le arrebató a ella su derecho a sanar, recuperarse y vivir?

Aquellos hombres lo conocían como Richard Cypher, un simple guía de bosque, no como la persona que había descubierto qué era en realidad, y en la que se había convertido. Era el mismo hombre de antes. Pero en muchos aspectos, ellos no lo habían conocido nunca.

—Deberías estar de rodillas, rezando al Creador, para que curara a tu esposa —terció otro hombre—. Toda la humanidad es un atajo de gente miserable e indigna. Deberías orar y pedir el perdón del Creador por tus actos malvados y tu carácter pecaminoso. Eso es lo que os causó problemas a ti y a tu mujer. En su lugar, quieres llevar tus problemas al seno de honestas gentes trabajadoras. No tienes ningún derecho a hacer recaer sobre nosotros tus pecaminosos problemas. Eso no es lo que quiere el Creador. Deberías pensar en nosotros. El Creador quiere que seas humilde y ayudes a los demás..., por eso descargó su furia sobre ella, para daros una lección a ambos.

—¿Te lo dijo él, Albert? —preguntó Richard—. ¿Viene ese Creador tuyo a charlar contigo sobre sus intenciones y a confiarte sus deseos?

—Habla con cualquiera que muestre la humildad apropiada para escucharle —bufó Albert.

—Además —intervino otro hombre—, hay algunas cosas buenas en esta Orden Imperial de la que nos adviertes. Si no fueras tan obstinado, Richard, te darías cuenta. No hay nada malo en querer ver a todo el mundo tratado de un modo decente. Es ser justo e imparcial. Es lo correcto. Es lo que desea el Creador, tienes que admitirlo, y eso es también lo que enseña la Orden Imperial. Si no eres capaz de ver esa parte buena de la Orden..., lo mejor será que te vayas y pronto.

Kahlan contuvo la respiración.

—Entonces así será —respondió Richard, en un tono de voz que no presagiaba nada bueno.

Richard conocía a aquellos hombres, se había dirigido a ellos por sus nombres y les había recordado años y hazañas compartidos. Se había mostrado paciente con ellos, pero, agotada finalmente la paciencia, había hecho su aparición la intolerancia.

Unos caballos resoplaron y pisotearon el suelo, entre el crujir de arcos de cuero, mientras los hombres montaban.

—Regresaremos por la mañana para quemar este lugar. Será mejor que no te encontremos a ti ni a los tuyos en las proximidades, o arderéis con él.

Tras unas cuantas palabrotas finales, los hombres partieron a toda velocidad. El sonido de los cascos que se alejaban aporreando el suelo retumbó a través de Kahlan y le produjo dolor.

Dedicó una leve sonrisa a Richard, aunque él no pudiera verla. Solo deseaba que no hubiera suplicado por ella. Sabía muy bien que jamás lo habría hecho para pedir nada para sí.

La luz salpicó la pared cuando apartaron la manta que cubría la entrada. A juzgar por la dirección y la intensidad de la luz, Kahlan adivinó que tenía que ser pasado el mediodía de un día ligeramente encapotado. Richard apareció junto a ella. Su elevada figura se alzaba imponente sobre su persona y proyectaba una faja de sombra por encima de su cintura.

Vestía una camiseta negra sin mangas, sin la camisa ni la espléndida túnica dorada y negra, lo que dejaba al descubierto sus brazos fornidos. En el costado izquierdo, el lado que quedaba junto a ella, un destello de luz centelleó en la empuñadura de su singular espada. Sus anchos hombros hacían que la habitación pareciera aún más pequeña. El rostro bien afeitado, la mandíbula poderosa y la línea firme de la boca complementaban a la perfección su figura impactante. Los cabellos, de un color que estaba entre el rubio y el castaño, le rozaban la nuca. Pero era la inteligencia tan claramente manifiesta en aquellos penetrantes ojos grises lo que había cautivado su atención desde el principio.

—Richard —susurró Kahlan—, no permitiré que supliques por mí.

Las comisuras de sus labios se tensaron en un atisbo de sonrisa.

—Si quiero suplicar, lo haré —respondió, y le subió un poco la manta, asegurándose de que estuviera bien tapada, a pesar de que estaba sudando—. No sabía que estabas despierta.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un poco.

Supuso que debía de haber sido bastante tiempo, pues no recordaba su llegada a aquel lugar ni que él hubiera construido la casa que ahora se alzaba a su alrededor.

Kahlan se sentía más como una persona con los ochenta cumplidos que como alguien que aún no había llegado a los treinta. Nunca antes la habían herido, no de gravedad, al menos, hasta el punto de estar al borde de la muerte y totalmente indefensa durante tanto tiempo. Odia-

ba aquella sensación, y ser incapaz de llevar a cabo la acción más simple por sí misma. La mayor parte de aquello era más insufrible que el dolor.

La anonadaba comprender de un modo tan inesperado y total lo frágil que era la vida, su propia fragilidad, su propia mortalidad. Había arriesgado la vida en el pasado y había estado en peligro muchas veces, pero al mirar atrás no sabía si había pensado alguna vez que algo como aquello pudiera ocurrirle. Afrontar aquella realidad resultaba demoledor.

Algo en su interior parecía haberse roto aquella noche; una especie de idea de sí misma, una especie de seguridad en sí misma. Podría haber muerto con tanta facilidad... El bebé de ambos podría haber muerto antes incluso de tener una oportunidad de vivir.

—Estás mejorando —dijo Richard, como respondiendo a sus pensamientos—. No lo digo porque sí. Se nota que vas curándote.

Lo miró a los ojos, haciendo acopio de valor para preguntar por fin:

—¿Cómo conocen la existencia de la Orden aquí arriba?

—Gentes que huían de los combates han venido por aquí. Los hombres que difunden la doctrina de la Orden Imperial también. Sus palabras pueden parecer buenas..., incluso casi pueden tener sentido..., si uno no piensa, si solo siente. La verdad no parece contar demasiado —añadió, como una ocurrencia tardía, y a continuación respondió a la pregunta no formulada que veía en sus ojos—: Los hombres de la Orden se han ido. Esos idiotas de ahí afuera no hacían más que soltar cosas que han oído, eso es todo.

—Pero quieren que nos vayamos. Parecen hombres que mantienen los juramentos hechos.

Richard asintió, pero entonces una parte de su sonrisa regresó.

—¿Sabes que estamos muy cerca del lugar donde te vi por primera vez, el pasado otoño? ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo podría olvidar jamás el día en que te conocí?

—Nuestras vidas corrían peligro por aquel entonces y tuvimos que marcharnos de aquí. Jamás lo he lamentado. Fue el inicio de mi vida contigo. Mientras estemos juntos, nada más importa.

Cara cruzó majestuosamente el umbral y fue a detenerse junto a Richard, añadiendo su sombra a la de él sobre la manta de algodón azul que tapaba a Kahlan hasta las axilas. Enfundado en un ceñido traje de cuero rojo, el cuerpo de Cara tenía la gracia de un halcón: imperioso, veloz y letal. Las mord-sith siempre vestían de cuero rojo cuando creían que se avecinaban problemas. Los largos cabellos rubios de Cara, recogidos a la espalda en una gruesa trenza, eran otra seña de su profesión de mord-sith, de miembro de un cuerpo de guardias de élite del mismísimo lord Rahl.

En cierto modo, Richard había heredado a la mord-sith al heredar el gobierno de D'Hara, un lugar cuya existencia no conocía de niño. No había buscado el poder; no obstante, había recaído en él, y en aquellos momentos muchas personas dependían de Richard. Todo el Nuevo Mundo —la Tierra Occidental, la Tierra Central y D'Hara— dependía de él.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Cara, con sincera preocupación.

Kahlan consiguió pronunciar algo más que un ronco murmullo.

—Mejor.

—Bien, pues si os sentís mejor —rezongó Cara—, decid a lord Rahl que debería permitirme hacer mi trabajo e inculcar a esos hombres lo que es el respeto. —Sus amenazadores ojos azules giraron por un instante hacia el punto en el que habían estado los hombres mientras proferían sus amenazas—. A los que deje con vida, por lo menos.

—Cara, usa la cabeza —dijo Richard—. No podemos convertir este lugar en una fortaleza y permanecer parapetados indefinidamente. Esos hombres están asustados. No importa lo equivocados que estén. Nos ven como un peligro para sus vidas y las de sus familias. No tenemos que enzarzarnos en una pelea insensata si podemos evitarlo.

—Pero Richard —intervino Kahlan, señalando débilmente con la derecha la pared situada ante ella—, tú has construido esto...

—Únicamente esta habitación. Quería un alojamiento para ti. No me llevó mucho tiempo..., solo talar y partir unos cuantos árboles. Aún no hemos construido el resto. No vale la pena derramar sangre por ello.

Si Richard parecía tranquilo, Cara daba la impresión de estar a punto de escupir acero y clavos.

—¿Podéis decir a este terco esposo vuestro que me deje matar a alguien antes de que me vuelva loca? ¡No puedo permanecer aquí parada y permitir que la gente os amenace a ambos y se vaya de rositas! ¡Soy una mord-sith!

Cara se tomaba su tarea de proteger a Richard —lord Rahl— y a Kahlan muy en serio. Cuando la vida de Richard estaba en juego, Cara estaba totalmente dispuesta a matar primero y decidir después si había sido necesario, y esa era una de las cosas que Richard no toleraba.

La única respuesta de Kahlan fue una sonrisa.

—Madre Confesora, no podéis permitir a lord Rahl inclinarse ante la voluntad de hombres tan estúpidos como esos. Decídselo.

Kahlan posiblemente podría contar con los dedos de una mano a las personas que, en toda su vida, se habían dirigido a ella por el nombre de «Kahlan» sin anteponer, como mínimo, el apelativo «Confesora». Había oído pronunciar su título completo —Madre Confesora— innumerables veces, en tonos que iban desde el respeto reverencial al temor más pavo-

roso. Muchas personas, al arrodillarse ante ella, eran incapaces de musitar, con sus labios temblorosos, las dos palabras de su título. Otros, cuando estaban a solas, las musitaban con propósitos letales.

A Kahlan la habían nombrado Madre Confesora cuando todavía tenía poco más de veinte años; la Confesora más joven jamás nombrada para aquel puesto de tanto poder. Pero aquello había sucedido hacía varios años ya y, en la actualidad, era la única Confesora que quedaba con vida.

Kahlan siempre había sobrellevado el título, las reverencias y el hecho de que la gente se arrodillara, la veneración, el temor reverencial, el miedo y las intenciones asesinas, porque no tenía elección. Pero, más que eso, *era* la Madre Confesora... por sucesión y elección, por derecho, por juramento y por obligación.

Cara siempre se dirigía a ella como «Madre Confesora». Pero cuando las pronunciaban los labios de Cara esas palabras sonaban distintas. Eran casi un reto, un desafío expresado a través de un acatamiento inquebrantable, pero con el abono de una sonrisa afectuosa. Viniendo de Cara, Kahlan no oía tanto «Madre Confesora» como oía «Hermana». La mord-sith provenía del lejano país de D'Hara. Para Cara, nadie, en ningún lugar, estaba jerárquicamente por encima de ella, excepto lord Rahl. Lo más que podía permitir era que Kahlan fuera su igual en sus deberes para con Richard. Ser considerada como una igual por Cara, no obstante, era todo un elogio.

Cuando Cara se dirigía a Richard como «lord Rahl», el tono no decía «Hermano»; decía exactamente lo que quería decir: lord Rahl.

Para los hombres de voces enojadas, lo de «lord Rahl» era un concepto tan ajeno a ellos como el lejano país de D'Hara. Kahlan procedía de la Tierra Central que separaba D'Hara de la Tierra Occidental. Las gentes que vivían en la Tierra Occidental no sabían nada de la Tierra Central ni de la Madre Confesora. Durante décadas, las tres partes del Nuevo Mundo habían estado separadas por fronteras infranqueables, que dejaban lo que había más allá de aquellos límites envuelto en un velo de misterio. El otoño anterior, aquellas fronteras habían caído.

Y luego, en el invierno, se había abierto una brecha en la barrera situada al sur de las tres tierras, la barrera que durante tres mil años había cerrado el paso a la amenaza del Viejo Mundo. Al abrirse la brecha, la Orden Imperial se había abatido sobre todos ellos. En el último año, el mundo se había sumido en el caos; las creencias con las que todos habían crecido habían cambiado.

—No consentiré que hagas daño a gente solo porque se nieguen a ayudarnos —dijo Richard a Cara—. No solucionaría nada y acabaría

por causarnos más problemas. Lo que iniciamos aquí solo nos llevó un corto espacio de tiempo construirlo. Pensaba que este lugar sería seguro, pero no lo es. Simplemente nos marcharemos a otro sitio.

Se volvió otra vez hacia Kahlan, y su voz perdió su ardor.

—Esperaba poder llevarte a mi hogar, a un poco de paz y tranquilidad, pero parece que mi hogar no me quiere, tampoco. Lo siento.

—Solo esos hombres, Richard.

En el país de Anderith, justo antes de que atacaran y golpearan a Kahlan, la gente había rechazado la oferta de Richard de unirse al emergente imperio de D'Hara que él gobernaba en pro de la libertad. En su lugar, los habitantes de Anderith eligieron tomar partido por la Orden Imperial. Richard se había llevado a Kahlan y alejado de todo. O eso parecía.

—¿Qué hay de los auténticos amigos que tienes aquí? —siguió ella.

—Aún no..., quería levantar un refugio primero. Ahora ya no hay tiempo. Tal vez más adelante.

Kahlan trató de agarrar su mano, que pendía junto a su costado, pero sus dedos quedaban demasiado lejos.

—Pero, Richard...

—Mira, ya no es seguro permanecer aquí. Es así de sencillo. Te traje aquí porque pensé que sería un lugar seguro para que te recuperaras y recobraras tus fuerzas. Me equivoqué. No lo es. No podemos quedarnos aquí. ¿Entendido?

—Sí, Richard.

—Tenemos que seguir adelante.

—Sí, Richard.

Había algo más. Ella lo sabía; algo mucho más importante que la penosa experiencia de verla en aquel estado. Richard tenía una expresión distante y preocupada en sus ojos.

—Pero ¿qué pasa con la guerra? Todo el mundo cuenta con nosotros... contigo. Yo no puedo ser de gran ayuda hasta que mejore, pero a ti te necesitan ahora mismo. El imperio d'haraniano te necesita. Eres lord Rahl. Tú los acaudillas. ¿Qué estamos haciendo aquí? Richard... —Aguardó hasta que él volvió los ojos para mirarla—. ¿Por qué estamos huyendo cuando todos confían en nosotros?

—Hago lo que debo.

—¿Lo que debes? ¿Qué significa eso?

El rostro de él se ensombreció, mientras desviaba la mirada.

—He... tenido una visión.